

La lucha por el Estrecho y las relaciones peninsulares en la primera mitad del siglo XIV, según la Crónica de Alfonso XI

Trabajo presentado al XVIII Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, por el Catedrático del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Córdoba Don Juan Gómez Crespo.

De los varios y complejos problemas que la situación geográfica de la península hispánica ha venido presentando, desde los más remotos tiempos, de seguro que pocos ofrecen tan continuado interés como los planteados por el Estrecho de Gibraltar, confín meridional de nuestro suelo.

En efecto, las viejas culturas nacidas junto al Mediterráneo oriental, se vieron atraídas muy pronto por el remoto Estrecho, lugar de comunicación del mar de las primitivas civilizaciones con el misterioso Atlántico, y punto de aproximación entre las tierras de Europa y Africa.

El renombre del Estrecho fué ya consagrado por los relatos mitológicos, que hacen de este lugar escenario del décimo de los trabajos de Hércules, razón por la cual fué el Estrecho conocido durante mucho tiempo con el nombre de «Columnas de Hércules» (1).

En las proximidades del Estrecho floreció la vieja cultura tartésica, con la que estuvieron muy pronto en contacto los tirios, que para hacer más sólidas sus relaciones fundaron junto a él la más antigua ciudad de Occidente, Cádiz, metrópoli marinera y comercial, fundada aproximadamente hacia el año 1.000 a. de J. C. El templo de Hércules allí situado fué uno de los santuarios más venerados de la antigüedad (2).

Desde entonces el Estrecho aparece vinculado de modo más o menos destacado a los grandes momentos de la historia del mundo, y como es lógico ello ha tenido profunda repercusión en la historia de los pueblos hispánicos.

La caída del Imperio Romano, que marca el fin de la llamada

Edad antigua, determina la desaparición de las relaciones mediterráneo-atlánticas, causa fundamental entonces del interés del Estrecho. Sin embargo se acrecentó su valor, sobre todo a partir de la invasión musulmana en España el año 711, pues por el acercamiento de las tierras de nuestra península con Africa, fueron constantes las relaciones hispano-africanas.

La antigua y conocida afirmación de que el mar no separa, sino que une, que encuentra su más completa afirmación en la tendencia de todo país costero a dominar el litoral opuesto, sobre todo si está próximo, se observa aquí con indudable reiteración. Si Abderramán III, en el momento de máximo esplendor del califato cordobés, logra dominar el N. O. africano de Argel a Ceuta, como elemental medida de seguridad de su poderoso estado, más adelante, al debilitarse el poderío de los musulmanes españoles, son los africanos los que extienden su dominación al otro lado del Estrecho. Cuando los reyes de taifas españoles, consternados por los rápidos avances de la reconquista cristiana con Alfonso VI, a finales del siglo XI, solicitan la ayuda de los almoravides, se preocupan estos de asegurarse el dominio de ambos lados del Estrecho y para ello el sultán Yusuf condicionó su cooperación a que previamente le entregasen Algeciras. Así lo hicieron y en Algeciras recibió Yusuf la sumisión de los principales jefes de la España musulmana y desde entonces esta plaza, convenientemente fortificada, fué baluarte de la dominación africana en nuestra patria (3).

Una vez que Castilla consiguió a mediados del siglo XIII, el dominio del valle del Guadalquivir, que le proporcionó la salida al litoral atlántico andaluz, precisaba asegurarse el dominio del Estrecho.

A partir de este momento el dominio musulmán en España quedó reducido al reino de Granada; poco después, en 1275, ceden los granadinos a los benimerines africanos las importantes plazas de Algeciras y Tarifa.

Con ello acentuó el Estrecho su carácter de típica zona de fricción por la presencia de tres potencias que aspiraban a su dominio:

- a) Castilla, ayudada por los demás reinos cristianos.
- b) Marruecos, que contaba con los recursos del Norte de Africa.
- c) Granada, que para mantenerse independiente, frente a tan poderosos vecinos, se aliaba indistintamente con cristianos o musulmanes.

Este agitado período de la historia del Estrecho, culmina en el siglo XIV con el auge en el Norte de Africa del poderoso imperio

benimerin, regido por el sultán Abulhasán que aspiraba no solo a dominar en ambos lados del Estrecho, sino que pretendía apoderarse de los reinos cristianos españoles. Tan grave peligro pudo salvarse por la actuación del gran rey de Castilla Alfonso XI y por la cooperación que le prestaron los demás reinos cristianos peninsulares, pues conscientes del peligro común, deponen viejas querellas.

La presencia del monarca portugués Alfonso IV en la batalla del Salado y la participación de las naves aragonesas en lucha tan decisiva, es una muestra admirable de solidaridad cristiana. A su logro contribuyó de modo decisivo el Romano Pontífice que, con su indiscutido poder en aquellos tiempos, medió para que desaparecieran pasadas rivalidades. Gracias a esta acción conjunta y a la incansable actividad de Alfonso XI, se logró el gran triunfo cristiano del Salado, y años más tarde, en 1344, la reconquista de Algeciras, plaza tan fundamental en el dominio del Estrecho, que ha sido llamada «el Calais español».

Por todo ello he creído de actualidad contribuir en este Congreso luso español para el Progreso de las Ciencias, a la conmemoración de tan interesante período de la historia peninsular, por hacerlo además en el año en que se cumple el sexto centenario de la reconquista de Algeciras, acontecimiento culminante de esa lucha. Aparte del interés que significa hacer la evocación en esta gloriosa ciudad de Córdoba que guarda las cenizas de Alfonso XI en la Real Colegiata de San Hipólito, fundación de tan insigne monarca para conmemorar el triunfo del Salado y erigir el sepulcro de su padre y el suyo propio (4).

La Reconquista desde el siglo XIII

Desde comienzos del siglo XIII experimenta la Reconquista un progreso impresionante. Al memorable triunfo que obtuvieron los reinos cristianos españoles en la gran jornada de las Navas de Tolosa, siguen arrolladores avances que parecía iban a dar fin a la larga contienda con la total expulsión de los musulmanes del suelo español. En Aragón Jaime I arroja a los infieles de Mallorca, Ibiza y Valencia; Fernando III el Santo, después de unir definitivamente Castilla y León, se apodera del reino de Murcia y del Valle del Guadalquivir, con lo que el reino castellano realizaba su vieja aspiración de tener salida por el Mediterráneo y en el litoral atlántico andaluz.

Los musulmanes españoles quedaron reducidos al pequeño reino

de Granada, y si bien la evidente superioridad lograda por los cristianos hacía suponer que también estas tierras caerían muy pronto en sus manos, el dominio islámico en tierras españolas iba a prolongarse aún más de dos siglos. Muerto el Rey Santo la tarea reconquistadora se estanca e incluso hubo momentos en que, el desacertado gobierno de Alfonso X, puso en peligro algunas de las últimas conquistas efectuadas. Más adelante, las luchas civiles que asolaron Castilla durante las minorías de Fernando IV y Alfonso XI, paralizan totalmente la guerra contra los musulmanes.

Tiempos difíciles estos que siguen en Castilla al magnífico reinado de San Fernando. A la lucha con los invasores, que unía a todos frente al enemigo común, suceden las contiendas intestinas que revisiten en ocasiones caracteres tan anárquicos, que llegaron a poner en evidente peligro la integridad de Castilla, con tantos esfuerzos lograda. Un elemental instinto de conservación aconsejaba asegurar el dominio del litoral español del Estrecho, como empresa ineludible para la seguridad de Sevilla y de la frontera andaluza. Y sin embargo, durante los tres cuartos de siglo que median entre la muerte de Fernando III y la mayoría de edad de Alfonso XI, no se obtiene para lograr este objetivo más resultado práctico que la reconquista de Tarifa y Gibraltar, efectuadas por Sancho IV y Fernando IV, respectivamente.

En tan triste periodo de la historia española apenas si sobresalen, por su actuación meritoria, otros personajes que la insigne reina Doña María de Molina y el leal caballero Guzmán el Bueno. Siempre destacará entre los episodios más gloriosos de nuestra historia la excepcional figura de Guzmán el Bueno, caballero modelo de lealtad, que, comprendiendo el enorme valor que tenía para Castilla el dominio del Estrecho, llegó en la defensa de Tarifa a la más alta cima del heroísmo. No menos admiración merece Doña María de Molina, que durante la minoridad de su hijo Fernando IV supo vencer con su singular prudencia e inquebrantable energía los continuos obstáculos que la rebelde nobleza castellana presentaba al mantenimiento del poder real.

Fuera de estas dos insignes figuras, se nos muestra la nobleza castellana, en aquellos calamitosos años, falta de ideales y sin otra preocupación que satisfacer sus inmediatos intereses. Actuación más digna de censura, no solo por haber desaprovechado la excepcional oportunidad que reportaron las victorias logradas en la primera mitad del siglo XIII, sino porque se dió ocasión a que los musulmanes

se rehicieran de sus pasados desastres, estando de nuevo en condiciones de enviar a nuestra península nuevas oleadas de invasores. Una vez más la secular disputa entre musulmanes y cristianos se recrudece, y nuestras tierras meridionales se convierten en escenario de esta pugna, en que se intentaba decidir si España iba a ser dominio de los musulmanes africanos o nación europea y cristiana (5).

Todas estas circunstancias dan sobrado motivo para destacar la actuación de Alfonso XI como uno de los más insignes monarcas de Castilla, pues gracias a su perseverante esfuerzo pudo salvar los momentos difíciles que, por los desaciertos anteriores, atravesó la causa cristiana.

Para conocer páginas tan sugestivas de la historia española, disponemos de una excelente fuente de información: la «Crónica de Alfonso XI». Escrita por un testigo presencial de los sucesos que relata, y en los que tendría una activa participación, presenta esta obra la minuciosidad y animación propias de los que refieren los sucesos que han visto. También es de enorme valor el «Poema de Alfonso Onceno» que en 2455 copias narra este reinado, con tal exactitud, que supone debió conocerlo el autor de la crónica en prosa (6).

El reinado de Alfonso XI

Solo un año contaba Alfonso XI al morir su padre Fernando IV el 1312. Su minoría, como las anteriores, fué ocasión propicia para las turbulencias nobiliarias y cuando, en 1325, se le proclama mayor de edad, recibe como abrumadora herencia un reino empobrecido por tantos años de contiendas interiores. Acababa de cumplir el joven monarca 14 años y muy pronto acreditó unas condiciones poco comunes de inteligencia, para comprender la causa de los males del reino, y de perseverante energía, reprimiendo con mano fuerte los desmanes nobiliarios.

En el orden interior fué fundamental preocupación suya aumentar las prerrogativas regias y no limitarse a ser un caudillo militar. Para ello, siguiendo las ideas de la época, frente a la nobleza levantisca busca el apoyo de los concejos o municipios de las ciudades y villas de realengo, a fin de someter a todos al imperio de una ley común. La «Crónica» hace resaltar la gran preocupación del monarca por el mantenimiento de la justicia y refiere que ya antes de su mayor edad, estando en Valladolid, oía tres veces en semana las querellas y plei-

tos. Y, más adelante, con ocasión de las Cortes de Madrid de 1329, hace notar que por la gran afluencia de gentes, muchos tenían en calles y plazas las mercancías que traían a vender, sin precisar otra guarda que el temor de la justicia que el rey mandaba hacer en los malhechores, lo que justifica plenamente que Alfonso XI haya pasado a la posteridad con el glorioso apelativo de «el Justiciero» (7).

De modo destacado coincidían en este monarca las cualidades propias de los grandes caudillos de la Reconquista e inmediatamente se dedica con todo entusiasmo a tan colosal tarea. A ello le impulsaba un triple motivo: un apasionado idealismo religioso, en lo que la Reconquista significaba de lucha contra los enemigos de la fe católica; su creencia en la posición preeminente que correspondía a Castilla entre los reinos cristianos peninsulares, siguiendo las antiguas ideas imperiales leonesas y castellanas, y por último, el temperamento valeroso y esforzado del monarca, inasequible al desaliento por graves que fueran las dificultades que se le presentaran.

Pero no se lanza a la lucha de modo impremeditado. Con certera visión comprende que el punto vital de la contienda estaba en dominar las tierras cercanas al Estrecho, por la proximidad a Africa, pues esta era el inagotable reservorio de donde salían los hombres y elementos que a argaban de modo desmesurado tan larga pugna, con grave riesgo, en ocasiones incluso de la existencia misma de los reinos cristianos, fundamento de la nacionalidad española.

De acuerdo con este propósito en su primera campaña, efectuada el año 1327, a los dos años de su mayoría de edad, se dirige desde Sevilla a las sierras gaditanas y conquista Olvera, Pruna y Torre Alháquime. Pero la lucha por el Estrecho revestía una mayor complejidad, pues precisamente por el interés que reportaba su dominio confluían allí, además de Castilla y Granada, los africanos que dominaban en Algeciras, Ronda y Marbella. Alfonso XI comprendió sagazmente que en definitiva lograría el triunfo el que consiguiera el dominio del mar, y ya con anterioridad a esta campaña envió desde Sevilla a su Almirante Mayor, el pontevedrés Alfonso Jofre Tenorio, para que con sus naves impidiera la ayuda de los africanos a los musulmanes españoles (8).

No obstante, el monarca se vió obligado a suspender esta ofensiva emprendida con tan buenos auspicios. Disturbios interiores reclaman su presencia en Castilla y allí permanece, sin otro paréntesis que la campaña de 1330 por la frontera andaluza, terminada con

una tregua por cuatro años con los granadinos, que se obligaron a pagar 12.000 doblas anuales (9).

De nuevo tiene que enfrentarse en Castilla con los nobles levantiscos, entre los que destaca Don Juan Manuel, el famoso escritor que se hace vasallo del monarca de Aragón. Cuando en 1333 sabe Alfonso XI que los africanos, mandados por Abdelmélíc hijo del sultán de Marruecos, han cercado Gibraltar, no puede acudir en socorro de los sitiados con la celeridad que él hubiera deseado, hasta someter a los rebeldes (10).

Difícil era la situación de la plaza, pues según la Crónica su alcalde, aunque luchó valerosamente llevado de su natural codicioso no tenía en Gibraltar los hombres y víveres precisos, para cuyo sostenimiento recibía ayuda pecuniaria del monarca. Tuvieron que rendirse a los cinco meses de sitio, y si bien Alfonso XI quiso recuperar la importante plaza, hubo de desistir, falto de los elementos indispensables, concertando treguas por cuatro años con los granadinos, en las mismas condiciones ventajosas de la vez anterior, y también con Abdelmélíc (11).

Los años sucesivos los emplea el rey castellano en luchar contra navarros y portugueses. La flota de Jofre Tenorio obtiene un brillante triunfo sobre la de Portugal, apresando ocho galeras. Alfonso XI recibe en Sevilla a los vencedores con grandes agasajos. Estaban entonces en Sevilla el Arzobispo de Reims y el «Senescal» de Francia, interesados en que Castilla permaneciera adicta a Francia en la contienda que sostenía entonces con Inglaterra y que, por su enorme duración, fué después llamada «guerra de los cien años» (12).

También llegó a Sevilla el Obispo de Rodes que, por encargo del Papa Benedicto XII, gestionaba la paz entre Portugal y Castilla. De momento continuaron las hostilidades, pero más tarde accedió Alfonso a pactar un año de tregua, prueba evidente de la acción pacificadora que ejercieron los pontífices durante aquellos tiempos, después dificultada desde que la Reforma protestante acabó con la unidad cristiana en la Europa occidental (13).

La batalla del Salado

Sobradamente se comprendía que la tregua concertada entre cristianos y musulmanes no significaba otra cosa que un aplazamiento de la contienda en interés de ambos beligerantes. El duelo africano-español seguía planteado, pues el sultán de los benimerines Abulha-

sán, no solo trataba de consolidar su dominio a ambos lados del Estrecho, sino que con sus extraordinarios preparativos anunciaba una invasión, como las pasadas de los almoravides y almohades, a fin de acabar con los reinos cristianos de la Península (14).

Alfonso XI, consciente del grave peligro que le amenazaba, intensifica también sus preparativos. Con Aragón acuerda que no haría tregua aislada con los musulmanes, comprometiéndose los aragoneses a enviar para la guarda del Estrecho la mitad de las naves que en ese cometido tuviera Castilla. Al siguiente año, 1339, reúne Cortes en Madrid, en las que solicita y obtiene recursos con que atender a los cuantiosos gastos que requería la inminente campaña (15).

Mientras tanto los musulmanes no dejaban de hacer entradas en territorio cristiano; en una de ellas sufrieron un total descalabro y el propio Abdelmélic encontró la muerte. Tal vez para vengar este desastre apresuró sus preparativos Abulhasán; su flota, superior a la cristiana, contaba con 60 galeras y 260 navíos menores y logró desembarcar parte de sus efectivos en nuestras costas. Esto produjo honda impresión en la corte donde algunos imputaban al Almirante, por traición o temor, el desembarco de los infieles, y suponiendo Jofre Tenorio que también el rey participaba de esta creencia, presentó batalla en la que fué totalmente destruída la escuadra cristiana y el propio Almirante, abrazado a su estandarte, encontró gloriosa muerte (16).

La pérdida de su escuadra planteaba a Castilla un problema pavoroso, pues los benimerines, dueños del Norte de Africa, podrían trasladar a España, sin obstáculo alguno, sus inmensos efectivos. En siete meses desembarcaron 400.000 hombres de a pié y 70.000 de a caballo y los pertrechos correspondientes. Alfonso XI precisaba con toda urgencia una escuadra y consigue que entren al servicio de Castilla 15 galeras genovesas a las que pagarían 1.300 florines oro mensuales más el bizcocho que consumieran. Esta ayuda genovesa era doblemente útil, pues a más de resolver la crítica situación cristiana, sus naves no eran utilizadas por los infieles, como había sucedido en otras ocasiones, ya que, como agudamente observa la Crónica, «los genoveses ovieron siempre manera de ayudar a quien les diese dinero et sobre esto non cataron Christiandad nin otro bien ninguno». También acudieron 12 galeras aragonesas y la flota de Portugal, aunque esta no pasó de Cádiz (17).

Por otra parte Benedicto XII, concedió a los preparativos cristianos los honores de Cruzada y para contribuir a los numerosos gas-

tos que se originaban otorgó al rey, por cierto tiempo, otras gracias en tercias y décimas. Igualmente la reina Doña María consiguió la cooperación de su padre, el rey de Portugal, que, olvidando pasadas querellas, acudió personalmente a la lucha (18).

Mientras tanto Abulhasán, con ayuda del rey de Granada, puso sitio a Tarifa; el extraordinario valor militar de la plaza y la importancia de las fuerzas sitiadoras obligan a los cristianos a socorrer con más presteza a los sitiados. En Sevilla se reúnen las tropas portuguesas y castellanas, a cuyo frente iban sus respectivos monarcas, y efectúan sus aprovisionamientos, proporcionándoles Alfonso XI el armamento preciso (bacinetes, escudos, lanzas y ballestas). Los reyes cristianos se dirigen a Tarifa haciendo pequeñas jornadas, a fin de que pudieran unírseles los efectivos que aún no habían realizado su aprovisionamiento. Pasan por Utrera, Cabezas de San Juan y Medina Sidonia; no llegaron a Jerez para evitar los daños que pudieran hacer los de la hueste en las viñas, huertas y olivares de esta ciudad (19).

Tan pronto como los cristianos dieron vistas al ejército enemigo, los infieles levantan el cerco y sitúan sus fuerzas en dos cerros próximos a Tarifa; las fuerzas de Abulhasán se colocaron hacia la parte del mar, más cerca de la villa, y las del rey de Granada en la parte de la sierra (20).

Alfonso XI, sin pérdida de tiempo, reúne a los más destacados personajes de su ejército (prelados, ricos hombres, maestros de las Ordenes militares), para acordar el plan a seguir en la inminente batalla. Se conviene en que el rey de Portugal ataque al granadino, y como solo contaba con mil caballeros portugueses, pelearían también a su lado el Infante Don Pedro, heredero de Castilla, con sus vasallos y los concejos leoneses. El rey castellano, llegarían sus huestes contra Abulhasán, figurando en la vanguardia los concejos andaluces y algunos ricos hombres; en el centro Alfonso XI, acompañado de la enseña real, la del Papa y los hijos bastardos del monarca con sus vasallos, concejos, etc.; en la retaguardia formaban el concejo de Córdoba, mandado por Don Gonzalo de Aguilar, y gentes de Cantabria y Vascongadas (21).

Al amanecer del día siguiente celebró la santa misa el arzobispo de Toledo Don Gil de Albornoz y comulgaron los reyes cristianos y la mayor parte de su ejército, y seguidamente se inició el ataque con arreglo al plan trazado; el río Salado separaba a ambos contendientes, y el paso de sus vados por los cristianos fué una de las acciones más porfiadas de la contienda.

La noche precedente, una tropa escogida por Alfonso XI entró en Tarifa burlando la vigilancia musulmana; la salida que hicieron con los de la plaza y algunos de la flota, contribuyó de modo decisivo al triunfo cristiano al atacar el «alfaneque» o tienda real de Abulhasán. Esta acometida sembró el desconcierto en las huestes islámicas, que abandonaron el «alfaneque», cayendo en poder de los cristianos el harén y el tesoro del sultán marroquí, quien no tuvo otra solución que apelar a la fuga, y temeroso de que al saber tal desastre se promoviera alguna insurrección en su reino, aquella misma noche se trasladó a Marruecos.

Alfonso XI, para animar a los suyos, puso en más de una ocasión su vida en grave riesgo, demostrando cumplidamente su ímpetu combativo. El arzobispo de Toledo no le abandonó ni un instante, para que el desmedido arrojo del monarca no malograra el éxito de la empresa (22).

La excepcional importancia del triunfo logrado por las armas cristianas, no pasó desapercibido para los contemporáneos. El autor de la «Crónica» la cree superior a la gran victoria de las Navas en 1212, alegando que entonces fué mayor la colaboración prestada a Castilla por los reyes cristianos peninsulares y por los cruzados extranjeros, mientras que en esta ocasión no hubo otra ayuda que la de los portugueses (23).

Tal vez parezca parcial esta opinión, aunque no conviene olvidar que el esfuerzo musulmán para lograr la derrota cristiana fué considerable, tanto en mar como en tierra, pues Abulhasán disponía de los recursos de su enorme imperio extendido por el Norte de Africa. Un historiador musulmán asegura que fué esta ia mayor derrota padecida por las armas musulmanas y afirma que Abulhasán empleó para trasladar sus efectivos 60 galeras que estuvieron haciendo viajes durante seis meses, mientras que los que regresaron a Africa lo hicieron en quince días, utilizando solo 12 galeras (24).

La dureza de la empresa se acredita sobradamente al considerar que Alfonso XI no pudo pasar a la ofensiva. No contaba con los recursos suficientes para proseguir sus campañas, pues la «Crónica» se queja de que a los cuantiosos gastos precisos para la guerra, apenas si contribuían los que estaban con medios más abundantes y, en cambio, los labradores estaban muy agraviados por recaer en ellos la mayor parte de los impuestos. A fin de lograr numerario para sus actividades bélicas, en 1340 y en 1341, reúne Cortes en Llerena

y en Madrid. Poco después Alfonso XI invade el reino granadino y caen en su poder Alcalá, Priego, Rute y Benamejí (25).

El cerco de Algeciras

Pero el deseo obsesionante de Alfonso XI era proseguir la reconquista de las tierras del Estrecho, único modo de alejar los peligros de nuevas invasiones africanas. De acuerdo con ello, reunidas las Cortes en Burgos, a comienzos del año 1342, anuncia su propósito de cercar Algeciras por el grave mal que representaba para la Cristiandad que plaza tan importante estuviera en manos del rey de Marruecos. Naturalmente no podía ocultársele que la empresa requería grandes dispendios y para ello consigue, mientras dure la guerra un nuevo impuesto, la alcabala, tributo que recaía sobre las ventas (26).

Su Almirante Mayor, Egidiol Bocanegra, hermano del dux de Génova, le informa sobre las actividades de la flota musulmana que contaba con 80 galeras y otros navíos de guerra. El rey castellano adopta diferentes medidas para mejorar sus efectivos navales, pero impaciente por estar más cerca del futuro escenario de la lucha, se dirige a grandes marchas hacia Jerez. Antes de su llegada tuvo noticia del triunfo obtenido por sus naves y algunas portuguesas sobre la flota enemiga. Poco después 20 galeras aragonesas apresaron a cuatro musulmanas, de 13 que iban con víveres y pertrechos para Algeciras (27).

Tan favorables acaecimientos aumentaron los deseos de Alfonso XI para lograr su objetivo. Graves dificultades ofrecía la empresa, pues durante la dominación musulmana, por la excepcional importancia de Algeciras para las comunicaciones con Africa, era una ciudad muy poblada, fortificada y abastecida,

El monarca comienza sus preparativos con todo detalle. Principal preocupación suya fué conocer el estado de la flota cristiana y para ello se traslada al puerto de Xetares, a media legua de Algeciras. Le acompañaban 2.300 hombres de a caballo y 3.000 peones, figurando en el séquito regio el arzobispo de Toledo, maestros de las Ordenes militares, ricos hombres, concejos de la frontera. Alfonso XI inspeccionó la ciudad desde una galera y tomó informes sobre el estado de la plaza; hubiera sido su deseo iniciar inmediatamente el cerco, pero los del Consejo real creyeron preferible volver a Jerez para perfeccionar los preparativos (28).

Con toda urgencia se hacen en Jerez, Sevilla, Córdoba y otros puntos de Andalucía los aprovisionamientos de víveres y pertrechos precisos para un largo asedio, se reparan los caminos que conducían a Algeciras, se construyen puentes y se sitúan barcas en diferentes puntos del Guadalete de paso frecuente. También envió el monarca castellano almogávares que apresaron moros de Algeciras y adquirieron noticias sobre el estado de la plaza y todos coincidieron en que contaban con elementos sobrados para oponer una eficaz resistencia (29).

El 25 de julio de 1342, salió de Jerez el ejército cristiano. Acompañaban al rey el arzobispo de Toledo y otros prelados, ricos hombres y maestros de las Ordenes militares con sus vasallos y los concejos andaluces, entre ellos los de Sevilla, Córdoba y Jerez. Una vez llegados ante Algeciras, se situaron entre la ciudad y el río Palmones, extendiéndose hasta el mar, pues así podían estar en fácil contacto con la flota cristiana, y además evitaban que los sitiados pudieran ser abastecidos por tierra. (30)

Desde un primer momento se confirma la impresión de las dificultades de la empresa. Los prisioneros cogidos aseguraron que la ciudad estaba bien abastecida y que entre su numerosa población, más de 30.000 habitantes, figuraban numerosos combatientes, entre ellos 800 caballeros merines, que eran los más escogidos guerreros del Imperio de Abulhasan, más de 12.000 hombres de a pié, ballesteros y arqueros.

Muy pronto dieron ambos contendientes muestras de su ardor combativo, entablándose con frecuencia luchas aisladas en las que intervenían en gran medida la astucia y sorpresa. En uno de estos encuentros murió el conde Lous, venido de Alemania para luchar contra los infieles, que por desconocer esta guerra de emboscadas, tan usada por los cristianos y musulmanes españoles, se internó temerariamente en el campo musulmán y encontró la muerte, al perder el contacto con los cristianos, atacado por un enemigo muy superior en número. (31)

Estas dificultades iniciales del sitio, que hacían suponer tuviera larga duración por los grandes preparativos de los sitiados, plantearon de nuevo a los cristianos el problema económico, para que no fracasaran sus esfuerzos por falta de recursos. La hacienda real solo contaba con medios para sostener la hueste y las flotas de Castilla y Génova que estaban en la cerca durante unos seis meses, y como en

Castilla se encontraban totalmente exhaustos, a fin de poner remedio a esta falta, pidió ayuda fuera de su reino. El Arzobispo de Toledo, Don Gil de Albornoz, solicitó un préstamo del rey de Francia llevando en garantía coronas de oro con ricas piedras y copas de oro de Alfonso XI; análogo requerimiento se hizo del Papa Clemente VI y el rey de Portugal.

Grande era la actividad de los sitiadores. A fin de hacer más eficaz su tarea, iniciaron la construcción de numerosas fortificaciones, principalmente de una «cava» o cerca que era perfeccionada continuamente.

Nuevos inconvenientes dificultaban la tarea de los sitiadores. En septiembre y octubre lluvias torrenciales destruyeron el campamento cristiano, que se reconstruyó con maderas traídas en naves desde Vizcaya y Valencia. Con el invierno las dificultades fueron aún mayores. Además Portugal se negó a facilitar los recursos pedidos y ni el Pontífice ni el rey de Francia habían enviado su respuesta. En cambio los musulmanes recibieron refuerzos de Marruecos.

La situación llegó a ser tan difícil, que incluso algunos del Consejo real hicieron tanteos para gestionar la paz con los granadinos. No se llegó a un acuerdo, pues aunque estos ofrecieron pagar, además de las parias que habían satisfecho en otras ocasiones, una indemnización por los gastos del sitio, pretendían que también los marroquíes entraran en el convenio y Alfonso XI se negó terminantemente a ello.

En medio de tantas dificultades jamás desfallecía el recio espíritu del monarca castellano. De continuo andaba armado para vigilarlo y examinarlo todo, aun en los sitios de mayor peligro, y habiendo sabido que, a veces, algunos navíos pequeños burlaban el bloque y entraban en Algeciras con víveres (miel, manteca, frutas, etc.), a fin de evitarlo inspeccionaba desde un navío si estaban vigilantes los encargados de la guardia del mar. Tan grande era la actividad del soberano, que se temió llegara a enfermar; leales consejeros le hicieron ver los graves inconvenientes que podían derivarse para la causa cristiana si ponía en tan frecuentes y graves riesgos su vida, tanto más cuanto que los infieles, comprendiendo certeramente que el inabitable tesón de Don Alfonso contribuía del modo más destacado a mantener tan dura porfía, en más de una ocasión enviaron espías para asesinarlo.

Una de las más salientes novedades del cerco fué el empleo, de modo habitual, de armas de fuego, designadas con los nombres de

«trabucos» y máquinas de «trueno» que arrojaban «pellas de hierro»; también se emplearon «ingenios» de diferentes clases, algunos montados sobre ruedas. Por otra parte, la cerca se estrechaba cada vez más por la construcción de nuevas cavas, ya tan próximas a los muros de la ciudad, que era preciso trabajar de noche, pues de día se entablaba constante pelea y los sitiados arrojaban desde el adarve saetas y «pellas de hierro» que ocasionaban muchas bajas.

Mientras tanto los granadinos no dejaban de hacer entradas por distintos puntos de la frontera andaluza, para saquear cuanto encontraban al paso, apoderándose principalmente del ganado. La «Crónica» refiere que, cuando el noble cordobés Fernán González fué a recibir el señorío de Aguilar, Montilla y Castil Anzur, por muerte de su hermano Don Gonzalo de Aguilar, ocurrida durante el cerco, tuvo noticia de una incursión de los granadinos, por tierras de Ecija, en que habían apresado gran cantidad de ganado. En su retirada daban ya los moros por seguro el éxito de su empresa, pero fueron sorprendidos por Fernán González y sus huestes cuando estaban acampando junto al Yeguas. El grueso de las fuerzas musulmanas se encontraba a distinta orilla que el ganado, y a su desconcierto contribuyó, no solo lo inesperado del ataque, sino el propio ganado apresado, que se desmandó penetrando en grandes manadas por el campamento de los musulmanes, guiados por el instinto de volver a la tierra de donde lo habían traído.

Rendición de la ciudad

Hasta marzo de 1343 no quedó completo el cerco, a pesar de que habían transcurrido ocho meses de sitio. Tropas reales, de los concejos, de los ricos hombres y de las Ordenes militares, rodeaban por completo la ciudad y para hacer más eficaz su tarea había fuerzas, como las del concejo de Burgos, cuya misión era acudir al lugar que el rey estimara más conveniente en un momento preciso.

Para hacer más eficaz el foso, se construyó sobre él una barrera de tapia de diferente altura, según los lugares, y también se colocaron cobertizos de madera donde velaban de noche los encargados de custodiar la barrera.

El porfiado duelo castellano-musulmán fué alcanzando gran notoriedad entre los pueblos de Europa, lo que aumentó la presencia de guerreros extranjeros: alemanes, ingleses, franceses que venían atraídos por las gracias espirituales concedidas a los que intervinieran

en la empresa, o por el espíritu caballeresco propio de la época. La «Crónica» menciona particularmente, además del conde alemán Lous, que ya hemos mencionado, a los condes ingleses de Arbi y Solusber, al conde Fox y al rey de Navarra Felipe, al que acompañaban cien hombres de a caballo y trescientos de a pié.

Grave contratiempo para los sitiadores fué el incendio que destruyó gran parte del real. Sus efectos fueron particularmente sensibles en la parte que habitaban los mercaderes, donde guardaban sus paños de oro, seda, lana y otras joyas; también alcanzó el incendio a los almacenes de cereales del rey y de los mercaderes, que acababan de ser abastecidos de harina y cebada de Castilla, que se embarcaban en los puertos del Cantábrico. La pérdida sufrida y la dificultad de transportar al real nuevos productos, ocasionó una considerable carestía, incrementada por los extranjeros, que según la «Crónica» daban por los artículos mayor precio que su justo valor.

La prolongación excesiva del sitio aumentaba los difíciles problemas económicos, derivados de la necesidad de atender a tantos gastos. A primeros de agosto se recibió el empréstito de 20.000 florines que facilitaba el Pontífice y los 50.000 mandados por el rey de Francia. Ambas sumas se destinaron a pagar a los genoveses y a las naves castellanas; pero era todavía insuficiente y para atender al sostenimiento de la hueste, pidió el rey numerario a los nobles y concejos.

Aunque las naves cristianas seguían con la iniciativa, no pudieron impedir que llegasen a Gibraltar y Estepona 60 galeras y numerosas embarcaciones pequeñas con los refuerzos que Abulhasán había preparado en Africa; sin embargo nada hicieron por levantar el sitio, a pesar de que la situación de Algeciras era angustiosa por falta de víveres. Los cristianos terminaron una cerca de toneles, atados por maromas, para evitar la entrada de embarcaciones; esto llevó el desaliento a los habitantes de Algeciras que, comprendiendo era inútil su resistencia, se rindieron el 23 de marzo de 1344.

El día 28 del mismo mes, domingo de Ramos, hizo Don Alfonso su entrada solemne en la ciudad, acompañado de los preladados, ricos hombres y sus huestes. Llevando ramos, con arreglo a la solemnidad religiosa que ese día se conmemora, fueron a la Mezquita mayor que fué dedicada al culto cristiano, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Palma.

Tras este considerable esfuerzo bélico se consagra Alfonso XI,

durante cinco años, a una activa labor de gobierno interior. Muy pronto vuelve para completar su obra en el Estrecho, con la reconquista de Gibraltar, pero le sorprende la muerte en 1350 (32).

Desde que desaparece Alfonso XI, Castilla, minada por luchas internas, apenas se acuerda de la Reconquista, que se abandona al solo esfuerzo de los territorios fronterizos andaluces. Aprovechando un momento favorable Mohamed V de Granada, se apodera de Algeciras en 1370, y no teniendo elementos para conservarla, la destruyó totalmente (33).

El peligro del total dominio africano del Estrecho, que el esfuerzo de Alfonso XI logró conjurar en la primera mitad del siglo XIV, perdió su carácter amenazador en los años sucesivos. No obstante su posesión continuó siendo constante aspiración de los cristianos que habitaban en las zonas fronterizas.

En 1462, reinando Enrique IV, el primer duque de Medina Sidonia reconquistó Gibraltar. Con anterioridad a esta fecha, en 1415, los portugueses se habían apoderado de Ceuta, con lo que iniciaron el dominio cristiano en la orilla africana del Estrecho. Este fué completado después de la total expulsión de los musulmanes del suelo peninsular en 1492.

En 1497 fué la conquista de Melilla; durante la regencia de D. Fernando una flota enviada por el rey, se apodera del Peñón de la Gomerá; otra expedición, dirigida por Cisneros, conquista Orán (1509), Bugia y Trípoli. Con ello, a principio del siglo XVI logró España, con el dominio de la costa norteafricana, una base fundamental para la seguridad del litoral oriental y meridional de la península. (34)

Córdoba y Octubre de 1944.

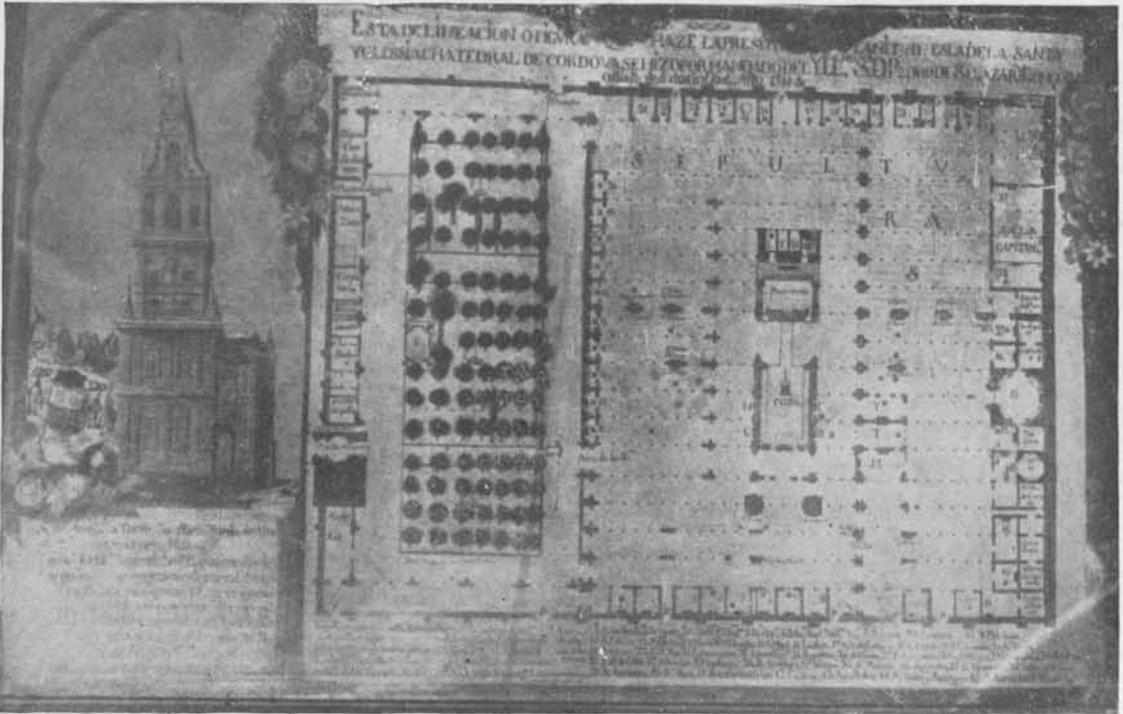
Juan Gómez Crespo

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- 1.—Patricio de la Escosura, «Manual de Mitología», Madrid. 1845; pág. 242.
- 2.—García Bellido, «Fenicios y Cartagineses en Occidente», Madrid, 1942; pág. 5 y siguientes.
- 3.—Dix, «Geografía política». Colección Labor; pág. 63. González Palencia, «Historia de la España musulmana». Colección Labor; pág. 44. Requena, «Historia de Algeciras».
- 4.—Ramírez de Arellano, «Paseos por Córdoba», Córdoba, 1875, Tomo II, pg. 336.
- 5.—A. Ballesteros, «Historia de España», Barcelona, 1922, Tomo III, pág. 1 y siguientes. Aguado Bleyer, «Manual de Historia de España», Bilbao, 1929, Tomo I, págs. 277 y 291 y siguientes.

- 6.—La Crónica de Alfonso XI fué impresa en Valladolid en 1551. En 1797 la editó en Madrid D. Francisco Çerdá y Rico. También fué publicada en la «Biblioteca de Autores Españoles», Tomo 66, que es la edición más utilizada. B. Sánchez Alonso, «Historia de la Historiografía española», Tomo I, págs. 225-227.
- 7.—«Crónica de Alfonso XI», Bib. Aut. Esp., capítulos XXXVIII y LXXX.
- 8.—Cron., caps. LVII a LIX.
- 9.—Id. LXIII y XCI.
- 10.—Id. CIII y CVII.
- 11.—Id. CXI a CXXVI.
- 12.—Id. CXXX; CXLII y sigs.; CLXVI; CLXXVII y sigs.; CLXXXI.
- 13.—CXXXV y CXCI.
- 14.—CXCI.
- 15.—CXCIV.
- 16.—CXCIX; CC, CCVIII y CCIX.
- 17.—CCXII.
- 18.—CCXLII y CCXLIV.
- 19.—CCXLI; CCXLVI y CCXLVIII.
- 20.—CCXLIX.
- 21.—CCL.
- 22.—CCLI.
- 23.—CCLII.
- 24.—Adolfo de Castro, «Historia de Cádiz y su provincia», Cádiz, 1858, pg. 307.
- 25.—Crónica, caps. CCXVI y sigs.
- 26.—Id. CCLVII.
- 27.—Id. CCLXIV.
- 28.—Id. CCLXVII.
- 29.—Id. CCLXVIII.
- 30.—Id. CCLXIX.
- 31.—La Crónica en los capítulos que van del CCLXX al CCCXXXVII trae una detallada información del cerco.
- 32.—Id. CCCXXXVIII.
- 33.—A. de Castro, ob. cit. pág. 307.
- 34.—A. Ballesteros, «Historia de España», tomo III, pág. 720.





Primer plano de la Mezquita-Catedral de Córdoba, hecho en el año 1741, por mandato del Obispo Don Pedro Salazar y Góngora, que se conserva en el Palacio Episcopal.